

Rubén Carrasco Picazo

UPF, MM+ *

Una sensación extraña se había acomodado en mis sentidos en el momento en el que pisé la plataforma. La nave que me había llevado hasta allí no era precisamente moderna, lo que provocaba que cualquier pequeña turbulencia se convirtiera en un terremoto a bordo; así que no había tenido un buen viaje y daba por sentado que aquel embotamiento no era más que una consecuencia del mareo. Por supuesto, me equivocaba. ¿A quién puede interesarle una historia sobre un simple mareo?

Por aquel entonces yo era un investigador especialista en tecnologías muertas asentado en la Plataforma Nueva Europa que, como la mayoría de ciudades construidas tras el Gran Deshielo, flotaba por encima de una gran urbe sumergida: Bruselas. Aquella semana, mis servicios habían sido solicitados por la Junta de Recuperación del Pasado de la Plataforma Tibidabo, una de las ciudades más grandes del Hemisferio Norte y la situada más al sur. Decir que su clima es caluroso y húmedo es quedarse corto, pues se encuentra en la frontera de la Zona Inhabitable del Ecuador, lo que implica temperaturas permanentes de más de 45 grados (incluso por la noche) y una sensación de bochorno difícil de describir. Como sea, nunca había estado allí y, pese al calor, pude apreciar que era un lugar hermoso. Parecía que intentaba competir en belleza con su ciudad madre, Barcelona, que en aquellos momentos descansaba a unos cuatro mil quinientos metros de profundidad.

La Junta de Recuperación del Pasado de la Plataforma Tibidabo ha dedicado siglos al estudio de las ruinas de la ciudad sumergida, de manera que ha logrado imágenes de casi la totalidad de la urbe y ha recuperado una gran cantidad de objetos fechados en el siglo XXI de la Era Anterior que, tras su estudio, pueden visitarse en un museo de la ciudad. Aquella vez habían recuperado un raro dispositivo electrónico que no habían sido capaces de abrir, por lo que habían decidido llamarme.

Tras las visitas de rigor a los altos cargos de la organización, al fin me llevaron a uno de sus laboratorios. Hacía casi ocho horas que había llegado a la ciudad y aquella extraña sensación no se desvanecía. A decir verdad, parecía ir en aumento, pero yo intentaba disimular mi estado lo mejor que podía, pues me interesaba mucho ver qué habían encontrado. Tras ponerme un traje aislante, para intentar evitar que el objeto recuperado se degradase por el contacto humano, me plantaron delante de lo que parecía una caja metálica de forma cúbica de unos veinte centímetros de alto. Quedé perplejo ante aquel objeto. Se supone que soy el mayor experto en tecnologías muertas del globo, pero no tenía la más mínima idea de qué era aquello. Su superficie brillante no parecía tener ningún tipo de fisura, ranura o arañazo; y las radiografías que le había hecho al objeto no eran capaces de mostrar su interior. Lo único que se había logrado descubrir era que reaccionaba a impulsos eléctricos con un zumbido. Aún así, mi verdadero interés en el objeto empezó a radicar en el hecho de que, al tocarlo, había sentido una extraña sensación de calidez en mis manos y una especie de pulsaciones en el cerebro. Disimuladamente, pregunté a los asistentes del laboratorio si habían sentido algo al tocar el objeto. Al parecer, ninguno había percibido nada. Realmente La Junta de Recuperación del Pasado de la Plataforma Tibidabo había descubierto algo cuanto menos curioso y aquella extraña sensación iba en aumento.

Llevaba casi dos meses en la Plataforma Tibidabo y apenas había salido de los laboratorios. Temía estar volviéndome loco. La sensación que se había apoderado de mi cuerpo al pisar aquel lugar aún persistía, pero, por aquel entonces, además, sufría unos extraños sueños cada vez que cerraba los ojos. Oía voces y veía números, pantallas, puertas, cables, edificios y, lo más curioso, algo que parecía ser tierra firme. No encontraba ni orden ni sentido a todo aquello. Por su parte, la Junta empezaba a impacientarse, pues no había avanzado un ápice en mi investigación: sólo tenía aquel zumbido y la sensación de calor que me producía el tacto de aquel objeto.

Una noche me quedé dormido en el laboratorio mientras intentaba sacar algo en claro de los numerosos análisis que le habíamos hecho al cubo y, como ya era costumbre, empecé a soñar: murmullos indescifrables se confundían con imágenes de un lugar que parecía antiguo. Era un lugar que no conocía, pero que me resultaba familiar. Sus imágenes se sucedían a una velocidad de vértigo sin ningún tipo de orden aparente. De repente, empecé a escuchar un zumbido, que iba poco a poco en aumento, acompañado de un murmullo, un grito, mucho más claro que los demás. El zumbido era incómodo y, unos instantes después, resultaba molesto. La voz que gritaba parecía estar cada vez más cerca y yo seguía buscándola entre puertas, pasillos y escaleras. De pronto, llegué a una habitación. Sólo oía ya el zumbido y un grito estalló en mi cabeza: “¡Tócalo!”.

Desperté sobresaltado y, sin saber muy bien qué me impulsó a hacer aquello, fui directo al cubo metálico y plante mi mano desnuda sobre su superficie. De pronto, fui plenamente consciente de mis actos. El zumbido de mis sueños salía del cubo y mi mano, sin guante, reposaba sobre él. Sabía que me apartarían de la investigación por haber contaminado la muestra, pero no me dio tiempo a pensar mucho en eso: el cubo empezó a brillar y entré en una especie de trance.

Me encontraba en el medio de una plaza rodeada de edificios. Al parecer, aquello era una ciudad antigua, de las que ahora duermen con los peces. Miré a mi alrededor: la gente corría de un lado a otro casi desesperada, algunos militares intentaban imponer orden mientras numerosos helicópteros sobrevolaban la zona. A lo lejos, por encima de los gritos de la multitud, escuchaba un zumbido. No sabía dónde ir, pero, de repente, eché a correr hacia uno de los edificios. Aquel era yo y ése era mi cuerpo, más no parecía controlarlo, me había convertido en un mero espectador. Una gran pancarta cubría parte de la fachada del edificio en el que entré: “Universitat

Pompeu Fabra – 2010: XXè Aniversari”. Ahora sabía que estaba en la antigua ciudad de Barcelona. La Universidad Pompeu Fabra era uno de los centros pioneros en la investigación de tecnologías de la comunicación en el momento del Gran Deshielo, hacía casi dos mil años. Por la fecha de la pancarta, además, podía intuir qué era lo que había provocado aquel caos.

Empecé a subir escaleras mientras aquel zumbido iba en aumento y los gritos del exterior se apagaban. Aquel lugar me resultaba extremadamente familiar, así que, me dejé llevar. Una a una fui abriendo puertas y fui subiendo plantas. Al llegar al último piso me detuve un instante ante una ventana: el mar había empezado a engullir la ciudad y una inmensa ola, con su zumbido atronador, se acercaba hacía nosotros. Corrí como nunca y, tras un par de intentos fallidos, logré dar con la sala que buscaba: era una habitación oscura, llena de pantallas y cables conectados a un cubo metálico que reposaba en el centro de una mesa. Allí había alguien, una mujer. Nos miramos. Parecí reconocerla. Me miró con alivio. El zumbido iba a devorarnos. Gritó: “¡Tócalo!”. Toqué el cubo y no dio tiempo a más. Después, cristales rotos, agua, oscuridad.

Me desperté en el laboratorio. El zumbido había cesado y el cubo parecía haber vuelto a la normalidad. Mi mente estaba en blanco y me costó unos minutos recobrar el aliento. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había visto mi muerte? ¿Había recordado una vida pasada? ¿Qué era aquel cubo? ¿Qué habían logrado en aquella universidad? ¿Era aquello un aviso? ¿Un intento de dejar constancia de lo que había pasado? No tenía respuestas, pero sabía que aquello que había vivido había sido real. Aquella extraña sensación había desaparecido.

BCN3990

Universitat Pompeu Fabra - Sant Jordi, 2010

* “Un Problemático Futuro, Dos Mil Años Más”.